

Revista literaria

Tesoro de la lengua castellana.—Origen y vida del lenguaje.—Lo que dicen las palabras.—El euskara. Por don Julio Cejador y Frauca.—Madrid, 1908.

PLUMAS ilustres de literatos y filólogos, como Menéndez Pelayo, Rufino José Cuervo, y aquí, en estas mismas columnas, el malogrado Navarro Ledesma, se han empleado en el elogio de las obras del gran filólogo español D. Julio Cejador y Frauca, investigador y filósofo del lenguaje. Hoy toca á la mía, más humilde, decir algunas palabras del «Tesoro de la lengua castellana», recién salido de las prensas.

El «Tesoro de la lengua castellana, Origen y vida del lenguaje, Lo que dicen las palabras», que todos estos títulos lleva, y ninguno sobra, por lo que cada uno declara del contenido del libro, es el tomo IV de la obra magistral emprendida por Cejador con el título de «El lenguaje, sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen y su razón de ser». Recordemos rápidamente que los tres tomos anteriores comprenden: el primero, la «Introducción al estudio del lenguaje»; el segundo, «Los gérmenes del lenguaje, estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes», y el tercero, la «Embriogenia del lenguaje, su estructura y formas primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas». Obra es esta de las que consumen una vida y exigen tal caudal de conocimiento de idiomas antiguos y modernos, tal penetración filosófica, tal espíritu de paciente investigación histórica y una tan firme ojeada de conjunto para no perderse en esa Babel de palabras diferentes, que parecen superiores á lo que puede dar de sí el esfuerzo de un hombre, bien que la laboriosidad guiada por una inteligencia poderosa hace milagros y uno de ellos es la multiplicación del tiempo y el trabajo.

El «Tesoro», como lo dice su nombre, es un Diccionario, pero un Diccionario concebido y ejecutado de muy diferente manera que los usuales que manejamos á cada paso.

Lo primero que llamará la atención en él, por ser lo más visible y chocante, es que las palabras no están por el orden del abecé, como dice el autor, sino formadas en grupos naturales con arreglo al orden lógico é histórico que les marca la derivación de los sonidos elementales y la descendencia de unas en otras lenguas, desde el viejo euskera y las antiguas lenguas indoeuropeas, principalmente el griego y el latín, al castellano. El orden alfabético que se emplea en los diccionarios es, como todo el mundo sabe, un orden artificial, de catálogo, de clasificación, ideado para la comodidad de la consulta, aunque tiene el inconveniente de presentar descoyuntada, y más aún que descoyuntada, repartida en casillas la lengua, es insustituible por lo sencillo y rápido, sobre todo en los léxicos de manejo vulgar. En la obra de Cejador la dificultad práctica que resultaría de no estar las palabras puestas por este orden acostumbrado, se remediará fácilmente poniendo al final un repertorio ó índice alfabético. El autor lo dice en el prólogo: «El tropiezo de no servir después la obra para dar al punto con el vocablo que se busque, con el refrán, el modismo, la frase, rodéase de una manera harto llana, haciendo al final de la obra un tomo de referencias por orden alfabético de las voces castellanas, y si á mano viene, en listas separadas; de las griegas, latinas, euskéricas. Por manera que, siguiendo el orden lógico, tendremos un diccionario castellano, un diccionario del euskera, un diccionario latino, un diccionario griego, todos etimológicos, y además un diccionario castellano cabal en todos sentidos, cuanto es posible hacerlo á una sola persona que sólo cuenta con una cabeza y dos puños. Este remedio se ha aplicado en los diccionarios que no observan el orden del abecedario; por ejemplo, en los diccionarios ideológicos, cuyos artículos están agrupados en torno de ciertas nociones ó ideas primarias, que son á modo de capitanes de cada grupo de conceptos. Trazar el mapa de un idioma, reconstituir la estructura natural de su vocabulario, parece empresa difícilísima, en que hay que proceder por aproximaciones y conjeturas. El esquema más aproximado de un idioma, teniendo en cuenta su formación temporal é histórica, sería un árbol, un árbol genealógico de palabras. En este esquema nos hace pensar el «Tesoro de la lengua castellana» del Sr. Cejador, en cuyo primer volumen aparecen agrupadas las palabras en torno de

las cinco vocales a e i o u, como sonidos elementales. Su subtítulo «Origen y vida de las palabras» declara la importancia que en esta obra tienen las etimologías, la historia de las palabras. El otro subtítulo, «Lo que dicen las palabras», atañe á la semántica ó valor significativo. Pero el Diccionario de Cejador no es un Diccionario de definiciones. «¿Definiciones de palabras en el Diccionario?—dice.—Cuando algún Aristóteles se meta á lexicógrafo, amohinado al cabo con sus géneros y diferencias que nada dicen, dará en volverlas por el envés, como la de narigudo de Quevedo: «Erase un hombre á una nariz pegado». Esas son las mejores definiciones. El que no sepa lo que es un caballo, se quedará tan en ayunas con su definición como todos nos quedamos con la de la electricidad, que nadie sabe definir hoy por hoy».

¿Cómo sabremos, pues, lo que dicen las palabras? Lo sabremos principalmente por el uso vulgar, y también por su historia. El Diccionario del Sr. Cejador nos muestra el uso de las palabras con dos clases de autoridades: las autoridades literarias y la anónima, pero inmensa y decisiva autoridad del pueblo, manifestada en los refranes y modismos vulgares, verdaderamente idiomáticos, sacados de la entraña de la lengua.

Lleva el «Tesoro de la lengua castellana» XXXVI páginas de introducción, páginas verdaderamente sustanciosas, escritas con una llaneza y una soltura encantadoras, como por maestro en el idioma. Allí resume el Sr. Cejador su teoría del lenguaje, expuesta y desarrollada en los volúmenes anteriores. Los filólogos, valiéndose del método histórico comparativo, es decir, cotejando las diversas formas de las palabras en las lenguas de la misma familia, y averiguando las formas que las palabras de un mismo idioma han tenido en las varias épocas de su historia, han llegado á descubrir las leyes de la evolución fonética de las lenguas, y aun á sacar ciertas fórmulas ó palabras esquemáticas, que parecen como las palabras madres de donde salieron las variantes de los diferentes idiomas, y que debieron de pertenecer a una lengua única anterior á los idiomas indoeuropeos que conocemos. Pero más allá de las raíces, que son las palabras de un período prehistórico, como dice Delbrüch, no puede pasar la investigación puramente filológica. Los psicólogos, por su parte, trabajan por averiguar el origen del habla por medio de indagaciones psicofísicas. Cejador, aprovechando los trabajos de unos y otros, ha llegado más lejos, hallando en el bascuence ó euskera la lengua primitiva anterior á las indoeuropeas, y al mismo

tiempo el lenguaje natural que responde al mecanismo psicofísico. «En el terreno histórico, donde trabajan indoeuropeistas y romanistas—escribe el Sr. Cejador—, soy uno de ellos, y como ellos enderezo todos mis pasos por el método histórico comparativo, y me apropio cuanto ha descubierto la lingüística moderna: las leyes fonéticas y las raíces... Créese hoy que el problema del origen del lenguaje está en manos de la psicología: á ella, pues, me encaminé. Pero no bastando la psicología individual, porque el habla es un fenómeno de la sociedad, no del individuo, hube de acudir á la psicología colectiva y social. Por este camino logré penetrar en la prehistoria lingüística y dar por rara casualidad con la lengua más antigua de Europa, que allá antes de la Historia se hablaba por estas tierras, cuando ni el griego, ni el latín, ni el godo, ni el sánscrito habían nacido. Aquella habla, que es la euskera, y todavía vive en un rincón de España, entre los bascongados, vi que era el habla natural, que encajaba en los principios de la psicología colectiva y el habla de la cual las indoeuropeas poco después nacieron». En los trabajos de los filólogos bascófilos Astarloa y Larramendi, puede rastrearse el germen ó antecedente remoto de la doctrina que científicamente desenvuelve Cejador, pero aquello es como una incipiente aurora en que hay muchas sombras, y esto el discurso claro y luminoso como la luz del día, discurso que se desenvuelve con la riqueza y la seguridad de una doctrina científica aprovechando los grandes adelantos de la filología y la psicología modernas.

¿Cómo y por qué puede decirse que el euskera es el habla natural? Cejador lo razona con una explicación psicológica. El lenguaje nace del gesto; la articulación es un gesto que se hace con la boca, y que expresa tan naturalmente como los demás gestos, los estados interiores del hombre, sus emociones, su vida psíquica. El gesto es una manifestación externa, una aparición en la superficie del movimiento psicofísico. Eso son las palabras. Pero ocurre que los gestos elementales del lenguaje, esas voces sencillas que han sido, como dice Cejador, las turquesas de las palabras, son voces vivas euskéricas, por donde resulta que el euskera coincide con las primitivas manifestaciones psicofísicas que forman los elementos del lenguaje.

La clara, á par de profunda, introducción del «Tesoro de la lengua castellana», es el mejor comentario de este libro, al cual puede aplicarse en dos sentidos ese clásico nombre de Tesoro que les cae bien á los diccionarios.

Tesoro es de voces, de refranes, de autoridades letradas y aun de psicología y folklore, y Tesoro es también mirando á la parte del autor, de saber, de paciente estudio, de erudición, de laboriosidad infatigable. A esa «Introducción» remitimos á los que desean más larga explicación de la que puede darse en estas rápidas reseñas periodísticas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(De *El Imparcial*).

